

ME LLAMAN OSO PANDA

(Once millones de ejemplares vendidos)

Patxi Irurzun



Ilustración: Simonides

1. El grupo tributo más famoso del mundo

No, los Lendakaris Tuertos nunca imaginamos que nos haríamos tan famosos. Supongo que por eso Banksy se apuntó al grupo.

Al principio, claro, nosotros no sabíamos que era Banksy, el auténtico, el de los grafitis y los cuadros que se autodestruían. ¿Cómo íbamos a sospechar algo así? Nosotros solo éramos un grupo tributo y Valeriano —así lo llamábamos— un guiri medio loco que andaba abrazando árboles por el monte y que de vez en cuando bajaba a tomar infusiones al bar del pueblo.

Había llegado a Zarraluki meses atrás. Era un neorrural de esos. Se compró un baserri medio en ruinas, plantó cuatro berzas en la huerta, aprendió a decir ¡Epa!... y un día, uno de esos días que estaba en el bar soplándose un mentapoleo, se acercó a nosotros:

—¡Epa! ¿Vosotros necesitar drámer? —preguntó.

—¿Qué le pasa al pavo este en la boca? —dijo el Mofeta, nuestro bajista.

—Yo creo que nos está ofreciendo drogas —opinó Pitxu, el guitarrista.

—Callaos, bocachancas —terció Iñiguito, el cantante...

Finalmente los cuatro nos giramos hacia Valeriano, que entretanto intentaba explicarse moviendo con vehemencia en el aire unas baquetas imaginarias.

—¿Batería? ¿Tú tocar batería? —preguntó Iñiguito.

Le hablaba muy alto y con muchos aspavientos, como si el guiri estuviera sordo o fuera un marciano o un poco corto; como si estuviera hablándome a mí.

—Sí, yo drámer, yo oír que vosotros necesitar uno otro nuevo —contestó Valeriano.

Por lo visto había estado escuchándonos unos minutos antes, cuando Iñiguito nos había contado que el batería que teníamos por entonces había decidido abandonarnos. Era algo que nos pasaba a menudo. Los baterías nos dejaban tirados, se iban a dar la vuelta al mundo en patinete eléctrico, los metían en la cárcel, empezaban a tocar en grupos “de verdad”...

—Vale, tronco, pues mañana nosotros tener ensayo, ¿tú querer venir?—le propuso Iñiguito.

—Oh, yes, sí, yo drámer, yo buen batería —dijo él.

Y todos nos reímos, aplaudimos, nos abrazamos, nos tomamos unos kalimotxos juntos —bueno, Valeriano unos rooibos—...

Pero lo cierto es que tampoco nos hacíamos muchas ilusiones.

De hecho, al día siguiente en el primer ensayo, antes de ponerse a tocar, Valeriano hizo una cosa muy rara: se cubrió la cabeza con un pasamontañas.

Y luego comenzó a aporrear la batería como un auténtico terrorista.

—Buah, chaval, este está todavía más loco que los anteriores. Nos va a durar dos telediaris, ya veréis —vaticinó el Mofeta.

Y así fue.

Eso sí, en esos dos telediaris los Lendakaris Tuertos aparecimos en titulares.

Durante un tiempo fuimos famosos. El grupo tributo más famoso del mundo. Más famosos que Jesucristo, como decían los Beatles. Más famosos que los Beatles. Más famosos que los propios Lendakaris Muertos...

Y todo por culpa de Valeriano.

O de Banksy.

De quien demonios fuera aquel tipo.

2. Me llaman Oso Panda

Pero, discúlpeme usted, todavía no me he presentado.

A mí me llaman Oso Panda. Soy el que va dentro del muñeco. El que sale al escenario en los bolos con el disfraz de oso panda, como el de los Lendakaris Muertos, los auténticos (bueno, eso ahora, al principio nuestro muñeco era mucho más cutre que el de ellos).

Fue idea mía. Un día me presenté por sorpresa en un ensayo con la cabeza del oso, que había construido en casa con papeles de periódico y engrudo y pintado después con témperas.

—¿Eso qué es, un mapache? —dijo el Mofeta al verme.

—No, tío, parece una potxeta gigante de *speed* —opinó Pitxu.

—¡Pero qué decís, mangarranes! ¿No veis que es el oso de los Lendakaris? —cayó al fin en la cuenta Iñiguito—. ¡Y parecía tonto, el chaval! —añadió, propinándome una palmada en la espalda, lo cual quería decir —a su manera— que me daba su aprobación.

Fue así como me convertí en un lendakari tuerto más. Me refiero a que a partir de entonces yo también empecé a salir al escenario. En realidad, antes ya era parte del grupo, les hacía los carteles, les acompañaba a todos los bolos, conducía la furgoneta, la cargaba y la descargaba, les compraba la cerveza y los porros...

Zarraluki es un pueblo muy pequeño y a los quintos, los chavales de la misma edad, no nos quedaba otra que andar siempre juntos. Éramos como una familia, como una tribu. Desde pequeños íbamos en piña a todos los sitios, nos protegíamos unos a otros... Cuando el Mofeta se metía en una pelea todos nos poníamos de su parte, daba igual si tenía razón o no (que no la tenía nunca).

—¿Por qué le has vacilado a mi chica? —se encaraba, por ejemplo, con alguien de repente en una discoteca o en las fiestas de un pueblo.

—¿Yo? ¿Pero qué dices, primo? —contestaba sorprendido el otro, y antes de que hubiera acabado de hablar, el Mofeta le metía un cabezazo en la nariz y se liaba una buena, todos nos arremolinábamos alrededor de nuestro amigo, comenzábamos a dar empujones, a tirar vasos y sillas...

Después, en el pueblo, echábamos la bronca al Mofeta, le decíamos que tenía que parar ya...

—Y además, si tú nunca has tenido novia... —le recordábamos.

Pero él siempre volvía a las andadas. Era muy desagradable. Algunos días nos planteábamos que igual había que empezar a pasar del Mofeta. Yo, en el fondo, estaba de acuerdo, pero no podía decir nada, porque también había veces que cuando salíamos de Zarraluki la gente se metía conmigo, por lo mío, y entonces, cuando mis amigos venían a defenderme, el Mofeta era el que se empleaba con más contundencia.

Todo aquello, en definitiva, provocaba muchas tensiones y discusiones entre nosotros.

Con lo de los Lendakaris y nuestra obsesión por ellos, por el contrario, estuvimos todos unidos desde el principio, desde la primera vez que los vimos en un concierto en fiestas de Goibelain. Nos quedamos flipados. Aquel cantante, tirándose de cabeza al público; el gigantesco oso panda saliendo en los bises, sodomizando a los peluches y las muñecas chochonas que arrojaba al escenario el público; el público, abriendo de repente un gran hueco y comenzando a correr en círculos, dando saltos, propinándose empujones, con las caras desencajadas, como si estuvieran en trance, como salvajes, como una tribu, como nosotros...

Nos hicimos fans. Seguíamos al grupo a todas partes. Escuchábamos todas sus canciones (hasta la que hicieron con Calero), nos vestíamos con sus camisetas, íbamos a los mercadillos a comprar calzoncillos Unno, como los del cantante...

Y también empezamos a imitarlos.

La primera vez fue en el concurso de *play back*, en fiestas del pueblo. Iñiguito, el Mofeta y Pitxu salieron al escenario con unas guitarras de cartón que yo mismo había recortado y pintado en casa con los seis dedos de mis manos. Les acompañaba, vapuleando unos botes de detergente, el Satanás, el primer batería de la banda, uno que luego se hizo cura. La actuación fue todo un éxito, aunque no nos dieron el premio, supongo que porque al jurado

no le hizo gracia la escena de la felación simulada entre Pitxu e Iñiguito, o que este se bajara los vaqueros y se estirara la goma de sus calzoncillos con tal ímpetu que se le salió un huevo por debajo, ni, por supuesto, que apareciera con la camiseta de la selección cantando aquello de “Gora España!”.

A pesar de ello, empezaron a llamarnos de otros pueblos de los alrededores para repetir el bolo. A veces hasta nos pagaban. Y así, poco a poco, fuimos ahorrando algo de dinero, comprándonos algunos instrumentos y aprendiendo a tocar las canciones de los Lendakaris, en lugar de hacer *play back*.

La verdad es que éramos muy malos, y además siempre actuábamos cocidos, pero a la gente era eso lo que le gustaba, ellos también se emborrachaban viéndonos, se subían al escenario, escupían desde arriba, nos tiraban *katxis* desde abajo, se iban después de los conciertos a apedrear o a quemar el ayuntamiento, la sacristía, el cuartelillo...

Lo de incluir el oso panda en el *show* fue un éxito. Recuerdo el primer bolo en el que aparecí con el disfraz. Además de la cabeza de cartón me compré en los chinos un pijama de felpa blanco y negro y unas zapatillas grandes de garras. Me costaba andar con ellas, entre otras cosas porque el escenario era en realidad el remolque de un tractor, en el cual se apiñaban los cuatro músicos y sobre cuyo piso resbaladizo todavía quedaban restos de fiemo. Además, apenas veía nada. Había abierto con unas tijeras, a la altura de los ojos, un par de agujeritos, pero la enorme cabeza del panda se bamboleaba a cada paso que yo daba y todo se volvía oscuro. Solo escuchaba los aullidos enfervorizados de los espectadores —“¡Ojeras, ojeras, ojeras farloperas!”— y de vez en cuando, si conseguía ajustar el ángulo de visión, también los veía, convertidos en una masa informe, una marea humana que se movía en un vaivén salvaje, que desprendía una especie de vapor cálido y alcohólico y me envolvía, me arrastraba con ellos, me hacía saltar a mí también, lo cual hacía crecer aún más la ola allá abajo...

“¡Ojeras, ojeras, ojeras farloperas!”

Nunca había sentido nada parecido. Era como si tuviera un poder sobre toda aquella gente, como si yo fuera el viento que movía a mi antojo aquella ola... Como si yo formara parte de ella y a la vez no, a la vez estuviera por encima de todos los que la conformaban, dominándolos, gracias a mi máscara. Tras ella, tras la cabeza del oso panda, no tenía miedo, ni vergüenza, no tenía por qué esconderme para que nadie me insultara o me zarandeara. Me encontraba, de hecho, cada vez más desinhibido, y comencé a dar palmas, a hacer contorsiones y cucamonas, pero justo cuando estaba intentado ponerme una bragafaja que me habían arrojado desde el público, trastabillé y caí del remolque.

Por suerte, algunos punkis de las primeras filas amortiguaron el golpe, pero después, una vez en el suelo, volví a notar otro impacto en la cabezota de cartón. Y luego, otro, y otro más, ya por todo el cuerpo. En medio de aquella oscuridad me costó comprender qué estaba sucediendo, hasta que me di cuenta de que me estaban pateando y de que eran muchas personas las que lo hacían, por pura diversión, sin medir las consecuencias, diluyendo su responsabilidad en aquella masa anónima y engorilada...

Creo que perdí el conocimiento. No recuerdo, al menos, cómo conseguí salir de allí. Me contaron que el Froid, el batería que por entonces teníamos, uno que era hijo del único concejal de UPN del pueblo y que acabaría dejando el grupo para meterse en un comando (por eso le llamaban así, porque decían que quería matar al padre), tuvo que sacar la cacharra y ahuyentar a los punkis pegando dos o tres tiros al aire.

Durante algunos días estuve magullado, aunque lo que más me dolía ciertamente era que la paliza hubiera sucedido justo después de haber experimentado aquella sensación tan extraña y liberadora. No entendía por qué un simple mal paso había hecho que todos los que me jaleaban se convirtieran de repente en una jauría dispuesta a despedazarme, a comerme el corazón, en una manada que replicaba y multiplicaba el odio y el desprecio que mostraban hacia mí habitualmente, cuando no llevaba la máscara, como si yo no tuviera en el fondo derecho a ella.

De todas maneras no me achanté y en el siguiente bolo volví a salir en los bises disfrazado de oso panda. Quería disfrutar de nuevo de ese momento, no me importaba arriesgarme a caer otra vez, era como una droga que me daba mucho más de lo que podía quitarme, aunque lo que pudiera quitarme fuera la vida.

Fui cogiéndole, pues, el gustillo al escenario. Me encantaba ver cómo el público, allá abajo, estaba a mi merced. Si yo daba palmas ellos daban palmas, si yo saltaba ellos saltaban... Los adoraba y a la vez me daban puto asco. ¿Qué clase de punkis eran? Parecían más bien borregos...

—Muy bueno, Oso Panda —me felicitaban mis compañeros, después de cada actuación o cuando introducía alguna novedad en el *show* (por ejemplo, cuando vacié una litrona sobre el público, sacudiéndola con movimientos pélvicos, como si estuviera orinando sobre ellos; de hecho, lo había hecho en la botella minutos antes, mientras esperaba nervioso para salir al escenario).

—*Oso ongi*, Oso Panda —jaleaban mis ocurrencias el Mofeta, Pitxu e Iñiguito.

Y así, Oso Panda por aquí, Oso Panda por allá, fue como todos comenzaron a llamarme de esa manera: primero mis compañeros del grupo y después los vecinos de Zarraluki (pues estaba tan metido en mi personaje que me ponía el pijama de felpa también para andar por el pueblo); y fue así también como me conoció Valeriano/Banksy (“¡Epa, Oso Panda!”, solía decirme) durante los meses que estuvo tocando con nosotros, antes de que los Lendakaris Tuertos nos hiciéramos mundialmente famosos y él decidiera esfumarse.

3. ¡Banksy desenmascarado!

A Valeriano, ya que me lo pregunta usted, le encantaba tocar en el grupo. A diferencia de los demás, que a veces teníamos que ir a cosechar o estábamos con resaca o —en mi caso— sufríamos ataques de pánico o de fobia social, él siempre se mostraba contento y dispuesto a irse de bolo. No sabíamos muy bien a qué se dedicaba, aparte de a cultivar berzas, pero no parecía faltarle el dinero. En los viajes solía empeñarse en pagar él la gasofa, los bocatas en las áreas de servicio, las multas de aparcamiento... Nunca contaba nada sobre sí mismo,

y nosotros tampoco le preguntábamos demasiado, entre otras cosas porque, con su castellano macarrónico, no entendíamos una mierda de lo que decía. Tardó, por ejemplo, varias semanas en comprender el significado de la palabra tuertos (lo de lendakaris yo creo que nunca llegó a descifrarlo) y entonces apareció en el local de ensayo con un zurcido en su pasamontañas, tapando uno de los dos ojos. Al público le gustó. Eso, y su manera terrorista de tocar la batería, nos daban un aire peligroso, así que los demás le imitaron y comenzaron también a tapar su rostro con medias, caretas de cerdos o de políticos, cubos de basura, bolsas del Eroski, cajas de zapatos... Las máscaras se convirtieron en una señal de identidad de los Lendakaris Tuertos y contribuyeron también, curiosamente, a hacernos más visibles y a que comenzaran a llamarnos de más sitios. Nunca llegamos, sin embargo, a hacernos ilusiones, ni a ganar demasiada pasta con el grupo. Después de todo, en la mayoría de los casos si recurrían a nosotros era porque no podían permitirse pagar a los Lendakaris auténticos.

Todo cambió el día que, cuatro o cinco meses después de la incorporación de Valeriano al grupo, aquel periódico inglés publicó la noticia en portada: **¡BANKSY DESENMASCARADO!**, titulaban, aunque en realidad eso era mucho decir, porque acompañaban el supuesto bombazo informativo con una foto de Valeriano y su pasamontañas para cíclopes.

Lo que estaba claro, en todo caso, era que hablaban de nosotros, y que aseguraban que el batería del grupo era el archiconocido y a la vez misterioso artista urbano; el de los cuadros que se autodestruían y entonces valían todavía muchos más millones de euros; el de los grafitis callejeros que convertían en mecas de gafapastas los lugares en los que se pintaban (eso si antes un concejal cegato de Turismo, de Cultura o de Culturismo no ordenaba borrarlos): Banksy.

Al parecer, en los últimos meses habían aparecido varios de sus grafitis —o que podían atribuírsele a él— en diferentes pueblos del País Vasco y, atando cabos, el periodista que firmaba la noticia había llegado a la conclusión de que cuando eso había sucedido siempre había coincidido con un concierto de los Lendakaris Tuertos. La información se redondeaba diciendo que el intrépido reportero se había dejado caer por Zarraluki —“Una remota y aislada aldea de la Euskal Herria profunda”, la definía— e interrogando a sus vecinos había podido saber que el batería del grupo era un inglés que llevaba viviendo en el pueblo una temporada, de lo cual había deducido que él debía de ser el misterioso Banksy, descartándonos a unos salvajes endogámicos como el Mofeta, Iñiguito, Pitxu, y por supuesto a mí, el Oso Panda.

Aquello a nosotros nos resultó realmente desconcertante y sospechoso, porque la presencia de un forastero nunca pasaba desapercibida en Zarraluki y nadie recordaba haber visto a un periodista hijo de la Gran Bretaña merodeando por nuestras calles y montes, pero lo cierto fue que al día siguiente el tabloide inglés publicó otra exclusiva en la que se veía con total nitidez el rostro de Valeriano abrazando un árbol junto a su baserri o tomándose una manzanilla en el bar del pueblo.

—¡La que ha liado el ababol este! —bufaba el Mofeta.

—¡Menudo subidón! —se relamía Pitxu.

—¡Callaos, tontolabas! —les hacía bajar la voz Iñiguito, porque su teléfono móvil había comenzado a echar humo y cuando no estaba atendiendo a una radio o un periódico, estaba cerrando un bolo en alguna sala de Jamerdana, Bilbao o Barcelona.

En cuanto a Valeriano, parecía como si la fiesta no fuera con él.

—Yo no sabo nada, yo no comprender —decía cuando le pedíamos explicaciones.

Y se negaba también a hablar con los periodistas y a que lo fotografieran. De hecho, él también comenzó a pasearse por el pueblo con el pasamontañas puesto. Al menos al principio, mientras pudo hacerlo, antes de que llegaran, como un enjambre, las televisiones, los enviados especiales, los *paparazzi*, los fans, los *youtubers*...

—Lo que os decía, ya podemos ir pensando en buscarnos otro batería —vaticinó el Mofeta.

Pero lo cierto fue que todavía Valeriano dio unos cuantos bolos más con nosotros y que esos fueron los días de mayor esplendor del grupo, es decir, como sucedía con la fruta o la cosecha, aquellos inmediatamente anteriores al momento en que todo empezara a pudrirse.

4. Once millones de ejemplares vendidos

En aquel tiempo parecíamos, como le digo, los Beatles, o Jesucristo en el sermón de la montaña. Cada vez que teníamos un bolo e íbamos a buscar a Valeriano, alrededor de su *baserri* nos encontrábamos con una multitud que se agolpaba a la puerta, se subía a los árboles, nos perseguía y pegaba las caras a los cristales de la furgoneta, hasta que conseguíamos salir a trancas y barrancas de Zarraluki...

Después, cuando llegábamos a los pueblos en los que teníamos los bolos, la escena se repetía.

Recuerdo que la primera vez, en Olariz, cuando vimos a toda aquella gente alrededor del gaztetxe, pensamos que se trataba de una romería, o una manifestación, algo que no iba con nosotros, acostumbrados como estábamos a tocar para treinta, veinte, diez personas e incluso en más de una ocasión hacer un *berritxarrak*, es decir, actuar frente a un único espectador.

Nuestros conciertos se volvieron tumultuosos. Y en los camerinos siempre había peña a la que no conocíamos: periodistas, promotores, camellos... Tuvimos que contratar a unos *mánager*, que no recuerdo de dónde salieron ni cómo se llamaban, nosotros les llamábamos Raimundo y Amador, porque había uno que era calvo y el otro con coleta, como en aquella canción de Pata Negra.

Ellos nos consiguieron conciertos en sitios y festivales en los que nunca habíamos imaginado que pudiéramos llegar a tocar, el BEC, el Viña Rock, el Wizink Center, la venta

de Larraintzar... En alguna ocasión, incluso, nuestra gira coincidió en la misma ciudad y fecha con la de los Lendakaris, los auténticos, y a nuestros bolos venían a vernos diez o veinte veces más público que a los suyos. Era ridículo. Los Lendakaris creo que incluso se chinaron, con razón, e hicieron entonces un grupo tributo al grupo tributo, o sea, al nuestro, al que llamaron Consejeros de Euskaltel Muertos (“El grupo en el que tocan los Lendakaris Muertos cuando se retiran”, explicaban en las entrevistas). Todo era muy loco. Nos alojábamos en hoteles buenos. Viajábamos en avión. A mí me compraron un disfraz de oso panda enorme, con el pelo reluciente, sistema de ventilación, un tubito por el que podía beber kalimotxo... ¡Y grabamos un disco! O eso nos pareció, porque luego resultó que cuando lo publicaron aquello sonaba como si lo tocaran otros, o sea, demasiado bien, afinado, y que en la portada, en lugar de una foto de nosotros cinco haciendo un calvo, como habíamos propuesto, sacaron una reproducción de un supuesta obra de Banksy en la que se veía a dos encapuchados comiéndose los morros.

—¡Ya llevamos once millones de ejemplares vendidos! —se frotaban las manos Raimundo y Amador, conforme iban cayendo los discos de oro, platino, diamante...

Valeriano, a todo esto, no decía esta boca o este grafiti es mío. El acoso al que le sometía la prensa, persiguiéndole a todas partes y obligándole a permanecer enmascarado la mayor parte del día, encerrado en las habitaciones de hotel o escoltado en todo momento por cuatro o cinco gorilas de seguridad, no parecía inmutarle. Pero lo más curioso de todo, lo que más inquietaba a todo el mundo, era que a pesar de aquel férreo marcaje, de que no lo dejaran en paz ni a sol ni a sombra, los inconfundibles grafitis de Banksy seguían apareciendo en algún muro o algún callejón de las ciudades que visitábamos en nuestra gira. Nadie comprendía cómo lo conseguía, cómo se escabullía. Y a nadie se le ocurría pensar que quizás fuera otra persona quien pintara aquellos grafitis.

5. La caída

A nosotros, por el contrario, al resto del grupo, los periodistas nos dejaban en paz, no les importábamos, no éramos nadie para ellos. Al principio también solíamos ocultar nuestros rostros, no solo en el escenario, también cuando nos bajábamos de él, al salir de los hoteles o llegar a los pabellones o en las ruedas de prensa. Creíamos que debíamos protegernos, no nos apetecía nada tener que acabar como Valeriano, encerrados todo el día en una habitación de hotel tomando té rojo y viendo documentales de monos follando. Pero pronto se corrió la voz de que tal vez Banksy conseguía despistar a los *paparazzi* intercambiando su pasamontañas con alguna de nuestras máscaras, de modo que empezamos a prescindir de ellas. En mi caso no fue una decisión fácil, porque cuando muchos descubrieron qué se ocultaba bajo la cabezota del oso panda se llevaron un chasco, se quitaron ellos también sus máscaras y mostraron su rostro más feo, su odio más feroz. Lo notaba en los conciertos, en los que en muchas ocasiones me insultaban, me arrojaban latas, me escupían, me recordaban una y otra vez que yo no pertenecía a este mundo, que no tenía derecho a estar allí...

Iñiguito, Pitxu y el Mofeta, por el contrario, comprobaron que mostrándose al descubierto los dejaban en paz, pasaban desapercibidos. Era como si de esa manera, sin máscara, se colocaran en realidad otra máscara.

Teníamos, en fin, un lío tremendo con aquello de las máscaras. Ya no sabíamos muy bien quiénes éramos ni qué queríamos. El Mofeta, por ejemplo, destrozaba habitaciones de hotel porque creía que eso era lo que debía hacer una estrella de rock y también porque se daba cuenta de que no lo era, de que no le trataban como si lo fuera, de que en realidad a los periodistas y los fans lo único que les importaba era Valeriano/Banksy y sus dichosos grafitis. Pitxu se drogaba hasta las trancas por los mismos motivos. Bueno, y los dos se comportaban así también por afición, porque les gustaba. La farlopa y arrojar televisiones por la ventana acabó, de hecho, por gustarles más incluso que tocar en el grupo.

Iñiguito, por su parte, comenzó a añorar los tiempos en que éramos un grupo vulgar, del montón, sin demasiadas aspiraciones ni talento, un grupo tributo; los tiempos en que viajábamos en furgoneta y el Mofeta se tiraba aquellos pedos terribles dentro de ella, cuando parábamos a comer bocadillos en bares de carretera, nos cambiábamos en baños que parecían zulos, tocábamos en remolques de tractor...; los tiempos en que Iñiguito contrataba los bolos y pintaba algo en el grupo.

Todo, en suma, se iba a la mierda.

La puntilla la dio el propio Valeriano. Un día, de repente, se esfumó, nunca supimos muy bien cómo ni por qué.

“Amigo, gracias. Ha sido bonita ser rock star un momento. Ahora yo necesito peace”, nos dejó escrito en una nota sobre la mesilla de su habitación.

—¿Eso de *pis* qué quiere decir, que tiene problemas en la vejiga? —dijo el Mofeta, cuando leí su mensaje.

—A este tío se le han subido las infusiones a la cabeza —dijo Pitxu.

—Callaos, caranchoas —les cortó Iñiguito—. ¿No veis que todo esto se ha acabado?

Y así fue. Más o menos. El asunto todavía dio algunos coletazos. Raimundo y Amador hicieron saber a la prensa que Banksy había desaparecido y que la gira de los Lendakaris Tuertos se suspendía, pese a lo cual los *paparazzi*, los enviados especiales, los fans, los *youtubers*, nos estuvieron persiguiendo durante un tiempo, creyendo que solo se trataba de una maniobra de despiste. De hecho, todavía seguían apareciendo de vez en cuando grafitis aquí y allá, cerca de nosotros, incluso cuando los periódicos volvieron a perseguir la pista de Banksy en otras latitudes, pues también se descubrieron nuevas obras del misterioso artista en Bristol, Camberra, Bruselas...

De lo cual se dedujo que nuestro Banksy en realidad era un pufo, un imitador, la obra de un aficionado y un aprobeixategui, y que tal vez toda la historia de los Lendakaris Tuertos y su misterioso batería había sido solo un montaje; o tal vez no, tal vez se había tratado de una nueva genialidad del misterioso artista urbano, una *performance* perfecta de Banksy, eso nunca se supo a ciencia cierta... hasta hoy.

La cuestión es que poco a poco todo volvió a la normalidad. El circo mediático levantó la carpa y desapareció de Zarraluki. Raimundo y Amador se largaron con todos nuestros *royalties*. Y nosotros regresamos a nuestras vidas, anónimas, tranquilas, aburridas.

Más o menos.

Echábamos de menos el grupo. Durante mucho tiempo no tuvimos ganas de volver a tocar, ni de ensayar, ni siquiera hablábamos de lo que había pasado. Todo había sido como un sueño, que se había tornado pesadilla en su tramo final, antes de despertar sobresaltados y aliviados.

Después, casi sin darnos cuenta, empezamos a recordar anécdotas: el día en que el Mofeta se lió a hostias con la Chill Mafia mientras estos a su vez se liaban a hostias con Zetak; el hotel en el que Pitxu llamó a recepción para que le subieran unas lonchas y le trajeron un plato de jamón; el concierto en que yo —o sea, el Oso Panda— me comí un gato crudo y escupí las vísceras al público...

Había sido todo tan bonito...

Éramos tan libres, tan salvajes...

Nos entró, pues, la nostalgia y volvimos a ensayar, cogimos de batería a la Redundante, una chica del pueblo, nos cambiamos el nombre (ahora nos llamamos PP, es decir, Pezones Picudos. Estuvimos dudando entre eso o Consejeros de Euskaltel Tuertos), compusimos canciones propias, grabamos un disco....

Y por eso, en fin, estoy hoy aquí, presentando *iEpa, Valeriano!*, nuestro primer trabajo, en esta rueda de prensa que al final se ha convertido en un *berritxarrak*, solos usted y yo.

6. La exclusiva

Ha sido todo un poco precipitado, es cierto. La verdad es que ahora mismo estamos otra vez sin batería: Lorea —Lorea Flores, ese es su nombre completo, por eso la llamamos la Redundante— nos dejó hace unos días para tocar en un grupo tributo, uno que hace versiones de Duran Duran, Balerdi Balerdi, Olé Olé...

Y además Pitxu acaba de entrar en Proyecto Hombre, Iñiguito tenía que cosechar, al Mofeta le rompieron hace dos días la mandíbula en una pelea...

Por todo ello mis compañeros decidieron que fuera yo quien compareciera ante los medios.

—Yo no voy, que se jodan, si no va a aparecer ni Blas... —pronosticó el Mofeta.

—Vaya bajón —se lamentó Pitxu.

—Pues que vaya el marciano —propuso como solución Iñiguito...

El marciano.

Así es como me llamaban antes de convertirme en Oso Panda. Pero yo no se lo tomo en cuenta, ellos nunca me han discriminado por mi aspecto y mi origen, en Zarraluki he sido siempre uno más, parte de la tribu.

Así que aquí estoy.

Espero que a usted tampoco le importe.

De todos modos, le importe o no, habrá que ir empezando, porque está claro que no va a venir nadie más.

Mejor para usted: se va a llevar de aquí una exclusiva. En su periódico se van a poner muy contentos cuando sepan quién pintó en realidad aquellos grafitis, quién hizo tragarse toda aquella trola al periódico inglés, quién consiguió que los Lendakaris Tuertos saliéramos en los telediarios... ¿Qué le parece? Para que luego digan que nosotros, los extraterrestres, somos cortos, no valemos para nada...

Solo una cosa más, antes de que encienda la grabadora, ahora que le veo ahí dale que te dale con el bolígrafo en la mesa, impaciente perdido... usted, por casualidad, ¿no tocará la batería?

FIN

“Me llaman Oso Panda” fue publicado en la colección de relatos “Once millones de ejemplares vendidos” (Txalaparta, 2022): <https://www.txalaparta.eus/es/libros/once-millones-de-ejemplares-vendidos>.

Contacto, bizum, jamones ibéricos, etc.: supercuto@telefonica.net / @patxiirurzun